



LA RESTAURACIÓN

CAPÍTULO DÉCIMO-SEXTO

La Santa Alianza

OR virtud de la Revolución francesa y de las guerras que engendro se había operado en Europa un cambio como no se conociera otro desde las invasiones de los bárbaros. Se alteró el centro de gravedad de la política del Continente; borrarónse las fronteras anteriores, y se ensancharon, haciéndose más íntimas y generales y cobrando nuevo aspecto, las relaciones pacíficas de los Estados.

Mayor aún y más importante que las mudanzas habidas en la política exterior, fué la transformación que se produjo en el espíritu de los pueblos y en los sentimientos y aspiraciones de los individuos. El despotismo napoleónico, sin quererlo y sin saberlo, al destruir todas las instituciones caducas, había allanado el camino para la realización de los ideales preconizados por los filósofos del siglo precedente, es decir, la libertad individual, la extensión indefinida de los horizontes abiertos á la capacidad intelectual y á la actividad práctica de los hombres, el florecimiento prodigioso de las clases medias y el desarrollo extraordinario de las inferiores. Al cesar la opresión, renacieron con gran ímpetu el sentimiento nacional y el de la libertad política, y aunque combatidos duramente al principio, acabaron por barrer todos los obstáculos. En el período que ahora comienza, el deseo de los pueblos de formar cada uno una nacionalidad compacta y de no ser considerados como rebaños de ovejas, no tarda en originar conflictos con el supuesto derecho divino de los reyes, que los gobiernos pretenden robustecer. Las gentes están

hartas de guerras y glorias militares, no ansiando sino dedicarse con tranquilidad á sus pacíficas y habituales tareas; pero poco á poco van despertándose los elementos intelectuales, merced á cuyo empuje, lento primeramente, rápido después, siempre tenaz y enérgico, elévase la clase media, que lucha contra el absolutismo y la organización feudal de la sociedad, conquistando el puesto que le corresponde por su talento, laboriosidad y riqueza. Las ciencias realizan progresos no soñados; se multiplican los inventos; aparecen nuevas industrias y se perfeccionan las existentes; las comunicaciones se facilitan de modo portentoso, y el comercio convierte al mundo en vasto mercado; se aumenta el bienestar material, y ganan los individuos y las colectividades en inteligencia y moralidad.

El orden político creado por el congreso de Viena fué también cosa enteramente nueva. El sistema del equilibrio europeo, predominante desde la paz de Westfalia, fué reemplazado por una alianza general de todos los países, bajo la dirección de las cinco grandes potencias continentales, *pentarquía*, bien que Francia, por de pronto, quedara sometida á una especie de tutela. En el pensamiento de los fautores de esta obra, los Estados de segundo y tercer orden debían obedecer, de grado ó por fuerza, las resoluciones de las grandes potencias, de modo que Europa viniese á formar como una sola familia regida por la autoridad de los cinco colosos, encargados de mantener á todos y cada uno de sus miembros en el goce pacífico de sus respectivos derechos. Y no se crea que tal concepción revelaba la concordia reinante entre sus autores; era más bien un recurso ideado para encubrir sus celos, rivalidades y desconfianzas que los dividían.

Entre las grandes potencias, ocupaba Rusia el primer lugar. El efecto causado en las imaginaciones por la destrucción del ejército napoleónico, en las heladas llanuras del norte, y las cualidades personales de Alejandro, revestían la figura de éste de una especie de ángel exterminador. En el carácter y la índole del hijo de Pablo I, se notaban singulares contradicciones: su exquisita amabilidad le granjeaba todas las simpatías; su afición á los placeres enervaba su naturaleza; su egoísmo frío y calculador le fiaba el dominio de sus actos, la sangrienta catástrofe que precipitó su advenimiento al trono y la parte indirecta que tuvo en ella, sembraron en su alma los gérmenes la incurable melancolía; déspota caprichoso, quería erigirse en campeón de la libertad y de la felicidad de los pueblos; gustábale la adulación, y dotado de claro talento, dejaba por pereza que otros le guiasen. Metternich dijo de él que era un conjunto extraño de prendas varoniles y de debilidades femeninas; Napoleón le llamó el más hermoso y el más falso de los griegos. En la época á que nos referimos, dos tendencias, á cual más contrarias, se disputaban el señorío de su alma: el misticismo y el liberalismo. En fuerza de exaltar la misión de que se creía investido, llegó á imaginarse que era no ya sólo instrumento de la Providencia, sino representante de Dios en la tierra.

Las inclinaciones místicas de Alejandro fueron fomentadas por la baronesa de Krüde-

ner, á quien aquél conoció en Postdam, quedando tan prendado de su inteligencia, saber y carácter fantástico-religioso, que la invitó al año siguiente, con vivas instancias, á que fuese á París. En esta población, la baronesa explicó al Czar los misterios religiosos y le movió á ejercitarse en prácticas ascéticas, las cuales hicieron nacer ó maduraron en su mente la idea de formar una santa alianza. Encariñándose el autócrata ruso con este pensamiento, leyó á los soberanos de Austria y Prusia, después de pasar en presencia de ellos una gran revista á sus tropas en la llanura de Vertus, una declaración escrita de su puño y letra, retocada por la baronesa de Krüdener y concebida en los términos siguientes:

A consecuencia de los grandes sucesos de los últimos años, y muy especialmente, en vista de los beneficios que la Divina Providencia ha concedido á los Estados que han puesto toda su confianza en ella, se han convencido los tres monarcas de la necesidad de dar por base á sus relaciones mutuas las verdades sublimes que nos enseña la religión del divino Salvador, y declaran, solemnemente, que el presente documento tiene el exclusivo objeto de manifestar á la faz del mundo entero su resolución irrevocable de regirse sólo, tanto en el gobierno interior de sus Estados como en el exterior, por los principios de esta sagrada religión, de la justicia, del amor y de la paz. Obedeciendo á la Sagrada Escritura, que manda que todos los hombres se miren como hermanos, quedarán unidos (los tres monarcas) por el lazo indisoluble de la fraternidad verdadera, se mirarán como compatriotas y se auxiliarán siempre que se ofrezca ocasión; se conducirán como padres de sus súbditos y ejércitos, y los dirigirán con espíritu fraternal para proteger la religión, la paz y la justicia, considerándose á este fin como los apoderados de la Providencia para gobernar tres ramas de una misma familia. Con esto demostrarán que un pueblo cristiano no tiene otro soberano verdadero sino Aquél que dispone del poder, porque únicamente en Él está el tesoro del amor y la sabiduría. De consiguiente, recomiendan sus majestades á sus pueblos, con el cariño más solícito, como único medio de disfrutar de esta paz, que se penetren cada día más de los principios y de los deberes que el divino Salvador ha enseñado á los hombres. Todas las potencias que proclamen estos principios serán admitidas en esta Santa Alianza.

Muy grande fué la sorpresa que causó en Federico Guillermo y Francisco II la lectura de tan singular documento. Sin embargo, el primero, aunque desconfiado, receloso y poco amigo de dar publicidad á sus designios, no opuso resistencia á la voluntad de su favorecedor Alejandro, cuya amistad le importaba conservar; en cuanto al segundo, mostróse bastante reacio, pero tan tenaz fué la insistencia de su poderoso aliado, que condescendió á sus deseos, firmándose en su virtud por los tres soberanos, el diez y seis de Septiembre de mil ochocientos quince, el pacto de la Santa Alianza, que habría quedado seguramente en estado de proyecto, á no reflejar el sentimiento entonces dominante de cierta solidari-

dad de intereses, producida ya por la coalición contra el Imperio napoleónico, á lo que debe agregarse que existía en todos la fe en la intervención de un poder supremo en los destinos de la humanidad, y que Alejandro hallábase muy lejos de creer que su obra fuera simplemente una imitación monárquica de la seguida por los revolucionarios franceses cuando invocaban, como única guía de sus actos, los grandes principios de justicia, paz, libertad y fraternidad. Hubo quien estimó que la Santa Alianza era la aurora de una época feliz; mas los hombres de Estado no se dejaron engañar, comprendiendo que los pueblos están gobernados por leyes fijas, independientes de las prescripciones morales, salvo la parte que tomen en la generación de estas, que varían con la civilización, siendo por tanto, monstruoso un pacto que aspiraba á imponer á los pueblos y gobiernos la moral individual de tres monarcas. Invitada Inglaterra á ingresar en la Alianza por conducto de Wellingtón, el vencedor de Waterlóo se excusó terminantemente alegando la constitución política de su país, que vedaba á su gobierno contraer semejantes compromisos. El Papa tampoco se avino á entrar en ella; por parecerle poco prudente que su nombre figurase al lado del de un príncipe protestante y del de otro cismático griego, contestando á los aliados, que, siendo él, de igual manera que todos sus predecesores, depositario de la verdad cristiana, no necesitaba manifestarlo de nuevo. Los demás soberanos de Europa se adhirieron á lo pactado, mas de un modo meramente formal y por pura cortesía.

Aparte de aquellos que, compartiendo el misticismo de Alejandro, saludaron la Santa Alianza como precursora del reinado de Cristo en la tierra y á los que ya hemos aludido, dicho acto se interpretó de muy distintas maneras. Algunos le juzgaron preliminar de una cruzada contra los turcos, al punto que la Puerta misma, en mil ochocientos diez y seis, á raíz de publicarse la famosa declaración, pidió explicaciones á Viena y Londres. Los liberales, á su vez, le reputaron prólogo de una acción común dirigida contra ellos y sus ideas, versión poco conforme con la conducta de Alejandro, que acababa de imponer la Carta á los Borbones y les aconsejaba su leal aplicación. El Czar no se convirtió hasta más adelante á la política absolutista de Metternich. La Santa Alianza no se fundó con la idea de restringir los derechos de los pueblos, no era sino expresión de los sentimientos místicos del autócrata ruso, y símbolo al par, incorrecto y defectuoso, de la unión de los príncipes, *un monumento vacío y sonoro*, según frase de un autor. Metternich puso allí la sustancia que le faltaba, como Bonaparte había sustituido con realidades las sombras de la Constitución de Sieyès, y sólo bajo la influencia del ministro austriaco, se trasformó la Santa Alianza en liga de los reyes contra los pueblos.

Es también necesario advertir, que en los primeros momentos se concedió importancia excesiva al pacto de veintiséis de Septiembre, suponiéndole remate del sistema político recién fundado. Esto es un error. La base del nuevo modo de ser de Europa hay que buscarla en los tratados que ajustaran las potencias después de mil ochocientos trece, y

sobre todo en la renovación del de Chaumont y en el de la segunda paz de París, en cuyo artículo sexto se decía: «A fin de asegurar y facilitar la ejecución del presente tratado, y consolidar las relaciones íntimas que hoy existen entre los cuatro soberanos para conseguir la felicidad del mundo, las altas partes contratantes convienen en celebrar, en épocas determinadas, reuniones que se consagren á los grandes intereses comunes y al examen de las medidas que en cada época se juzguen más saludables al reposo y la prosperidad de los pueblos y al mantenimiento de la paz de Europa». Todavía en el estilo de esta cláusula se descubre el espíritu del emperador Alejandro; pero el sentido y alcance de la misma pertenecen á Metternich, cuya es por completo la idea de esos congresos periódicos de los Estados, que son los que ejercerán influencia decisiva en la marcha de la política europea, en los ocho años subsiguientes. La concordia fraternal, recomendada en el documento redactado por Alejandro, no existió un solo día entre los tres soberanos que lo firmara, ni aun por parte del Czar, que dijo á su embajador en Viena, cuando fué á despedirse de él: «Tengamos siempre presente el convenio de tres de Enero de mil ochocientos quince». En cuanto á sus consejeros diplomáticos, especialmente el conde Capo de Istria y Pozzo di Borgo, miraban siempre con desconfianza cuanto hacía Austria, mientras Metternich no hablaba de la Santa Alianza sino en son de mofa y Gevitz escribía, refiriéndose á ella; «Esta llamada Alianza Santa es una nulidad política, que nunca conducirá á ningún resultado formal; es una decoración de teatro, debida á la vanidad ó á una devoción estemporánea; para Alejandro constituye un instrumento poderoso, que maneja con mucha destreza, pero que arrojará el día que crea haber encontrado otro más eficaz».

El sistema aplicado de mil ochocientos quince á mil ochocientos veintidós recibió el nombre de sistema Metternich, que aun conserva. Durante este período, el célebre canciller austriaco desempeña un papel preponderante. Muy pagado de sí mismo, se expresa con el mayor desprecio acerca de sus contemporáneos, del *pequeño* Nesselrode, del *pobre soñador* Capo de Istria, del *tonto* Berryer, como dice: á Thiers le moteja de *inocente* y de *acrobata*; se figura ser el lugarteniente de Dios, un poder moral, faro que, al apagarse, sumirá al mundo en la sombra. Enemigo jurado de la Revolución, se consagra á combatirla sin descanso, llamándola enfermedad, volcán, incendio, que acabaría por destruirlo todo, hidra que en las fauces abiertas amenaza tragarse el orden social. Se define á sí mismo «el hombre de lo pasado», horrorizándole el régimen parlamentario, que no es, á su juicio, sino la aplicación del dicho popular «quítate tú para ponerme yo», y odiando el representativo, que califica de sistema de «las volteretas perpetuas». Para Metternich, el primer bien del Estado consiste en el reposo, el cual, en su espíritu, se confunde con la inmovilidad.

Metternich representa el orden político consistente en tomar por base la fuerza

en el derecho, y por fin, la seguridad en la posesión. Estima que á los Estados *aislados* de la antigüedad han sustituido *sociedades* de Estados, donde cada uno, con sus intereses particulares, se encuentra ligado á los otros por el vínculo de intereses generales. Los Estados forman un cuerpo social, cuyos miembros deben ostentar la siguiente divisa: «No hagas á otro lo que no quieras que hagan contigo». Si alguno de los Estados se propone elevarse sobre los demás, deben estos agruparse para hacerle entrar otra vez en los límites del derecho común. «El fin, pues, de la política, dice, es mantener, ó restablecer las relaciones internacionales, sobre la base de la reciprocidad y bajo la garantía del reconocimiento de los derechos de todos y del respeto á la fe jurada.» En nada de lo que antecede hay realmente novedad, porque todo ello se reduce, en suma, al sistema del equilibrio europeo de los dos siglos anteriores; donde la hay es en el partido que el canciller austriaco trata de sacar de su teoría de la solidaridad de los Estados. En ninguna parte se había consignado la existencia de la expresada solidaridad, de carácter exclusivamente moral, á no ser en las declaraciones de la Santa Alianza, y sin embargo, Metternich atribuye al pacto moral creado por la comunidad de intereses el valor de un pacto escrito. Puede violársele por intrusiones materiales ó por influencia moral deletérea, y en tales casos, los Estados tienen derecho, por virtud del pacto, á retrotraer al invasor á su propia órbita, ó á purificarle, si está contaminado. Proclámase así, en odio á la Revolución y no para defender los altos ideales de la justicia, el derecho de intervención, cuyo empleo ordenan y regulan los congresos.

Semejantes teorías y la manera de entenderlas eran lógicas y naturales en un político austriaco, y se armonizaban con las tradiciones y los intereses de los Habsburgos. La casa de Austria, después de haber tendido constantemente al absolutismo, había visto realizarse esta aspiración suya en el siglo décimo-octavo, y no era posible que se resignara á renunciar tan pronto á los beneficios del sistema. Por otra parte, una monarquía compuesta de nacionalidades y elementos tan heterogéneos que el transcurso de los siglos no había logrado unificar, corría el peligro de disolverse inmediatamente si se propagaba la doctrina de la soberanía popular. Un príncipe que gobernaba á alemanes, húngaros, tchecos, serbios y que acababa de incorporar á sus Estados á polacos é italianos, no había de dejar correr la especie de que los pueblos son dueños de disponer de sus destinos.

En buena parte del período objeto del presente capítulo, la política de Metternich se halló en pugna con las tendencias del Emperador Alejandro, porque es un hecho extraño, aunque innegable, que los primeros ataques á la Santa Alianza partieron del autor mismo del célebre tratado, siendo la política personal del Czar la que compromete la inteligencia entre los gabinetes y facilita la difusión de las ideas constitucionales. Alejandro I, espíritu lleno de contradicciones, como queda dicho, no advierte el daño que causa á su